



JOSÉ
MANUEL
ARANGO

1937-2002



José Manuel Arango

A 15 años de su muerte y 80 de su nacimiento

ELKIN RESTREPO

José Manuel Arango murió la mañana del jueves 5 de abril de 2002 a causa de un infarto. Estaba próximo a cumplir 65 años. Con él moría un cierto tipo de poeta, poco común en nuestro medio, que hacía de la discreción, el silencio y el respeto a su oficio la norma suprema. Detrás quedaba una obra breve, cerrada en sí misma, que en la forma como fue apareciendo, a través de libros modestos, sin páginas de más, con todo, parecía responder a un proyecto único.

Arango comenzó a escribir tarde. Los estudios de Filosofía y la enseñanza en distintas universidades públicas aplazaron, en un primer momento, el cumplimiento

de una vocación que ya había comenzado a manifestarse desde las aulas escolares, en el Carmen de Viboral, donde nació y a donde volvió a vivir muchos años después por una larga temporada.

En 1970 viajó a realizar estudios de posgrado en la Universidad de West Virginia, en un momento en que las protestas contra la guerra de Vietnam, el *hippismo*, las drogas, el rock, la liberación sexual, la Revolución cubana y los recitales multitudinarios de los poetas beat —las poco ortodoxas manifestaciones de la contracultura— transformaban la época y convertían la rebeldía juvenil en un valor universal.

Aunque Arango no fue indiferente al momento que se vivía, su interés inmediato, tratándose ya de la poesía, lo depositó en el grupo de poetas de Black Mountain, una región cercana a la universidad donde estudiaba, que en muy poco participaban del canon vigente por aquel entonces. Un grupo marginal, provinciano, cuyos miembros eran profesores universitarios y que descreían, en eso eran muy conservadores, de las urgencias del momento. En lugar, pues, de Ginsberg, Gregory Corso o Carl Solomon, Arango leyó y tradujo a Robert Bly, su principal poeta y, atendiendo a lazos y devociones, a Denise Levertov y, luego, a William Carlos Williams. De unos y otros, su poesía heredaría más tarde aquello que la haría única: belleza, sugestión y noción de una realidad palpable.

En lugar, pues, de Ginsberg, Gregory Corso o Carl Solomon, Arango leyó y tradujo a Robert Bly, su principal poeta [del grupo Black Mountain] y, atendiendo a lazos y devociones, a Denise Levertov y, luego, a William Carlos Williams. De unos y otros, su poesía heredaría más tarde aquello que la haría única: belleza, sugestión y noción de una realidad palpable.



De izquierda a derecha: José Manuel Arango, Luis Fernando Macías, Elkin Restrepo y Jaime Jaramillo Escobar. Archivo E. R.

Mirando en perspectiva este periodo fundamental de la vida del poeta, no sorprende que sus preferencias fueran esas. Tan provincianos como aquéllos era él y —algo que los poetas de Black Mountain también apreciaban—, se servía del poema breve, contrario al versículo amplio, que aspira a hacerse oír en los grandes escenarios, y que por aquel entonces era de ley en Estados Unidos. Sin embargo, paradójicamente, era el cuento, más que el poema, lo que lo motivaba al ejercicio de la escritura en aquellos años. Escribió algunos, con uno de ellos quedó finalista en algún concurso nacional, pero nunca los publicó.

De vuelta en Medellín, escribió los poemas de su primer libro y, a los 35 años, Arango publicó *Este lugar de la noche* (1973). Un día me dio a leer los originales y luego lo acompañé a la editorial Oveja Negra de Medellín, donde yo dirigía la colección de cuento, y lo presenté al editor Fernando Granda, quien diseñó e ilustró la carátula, y por 5 mil pesos, pagados por el poeta, lo publicó. Más tarde tuve la oportunidad, con la Universidad de Antioquia, de publicar sus libros *Signos* (1978), *Cantiga* (1987) y, póstumamente, *Poesía completa* (2003) y *En mi flor me he escondido* (2006), la reedición de las traducciones de sus poemas de Emily Dickinson, libros que, junto con la edición que Santiago Mutis publicó de sus poemas en la colección de Colcultura, le

fueron ganando cada vez más lectores a nivel nacional. En sus últimas semanas, Arango tenía grandes expectativas con la antología *La sombra de la mano en el muro*, que él mismo había preparado a pedido del poeta Francisco José Cruz para la revista *Palimpsesto* y la editorial Sibila de Sevilla, España, y que desafortunadamente no alcanzó a conocer.

Con José Manuel Arango, junto con otros poetas y escritores, nos aventuramos en crear revistas de poesía, la época lo pedía, además éramos jóvenes y el tiempo nos sobraba. *Acuarimántima* (1974) fue la primera y se publicó durante 10 años; él se encargaba de las traducciones del inglés. En esta aventura nos acompañaron el investigador e historiador Miguel Escobar Calle, el crítico de cine Orlando Mora, los poetas Jesús Gaviria, Helí Ramírez y el cineasta y poeta Víctor Gaviria. El nombre, tomado de un poema de Porfirio Barba Jacob, con el cual también buscábamos establecer, en la medida en que la publicación atendía primordialmente a nuestros intereses vanguardistas, léase, a una vocación por la modernidad y otras tradiciones, una continuidad con la tradición poética colombiana. *Acuarimántima* tuvo una influencia muy grande en la divulgación de la poesía contemporánea en distintas lenguas y en la que entonces se escribía o empezaba a escribirse en el país. La editorial de



ARRIBA. De izquierda a derecha: José Manuel Arango, Darío Ruiz, Elkin Restrepo y Álvaro Mutis. Archivo E. R.

CENTRO. Elkin Restrepo, Darío Ruiz y José Manuel Arango. Fotografía: Gloria Posada.

ABAJO. Manuel Mejía Vallejo y José Manuel Arango. Archivo familiar



la Universidad Eafit, corroborando su papel en el ámbito nacional, publicó en 2012 la reedición completa de la revista.

Posteriormente, acompañados ahora por el poeta y novelista Luis Fernando Macías y la pintora y poeta María Adelaida Correa, publicamos, siguiendo más o menos los cánones de la anterior, la revista *Poesía* (1990), de la cual alcanzaron a salir 11 números. Y en los años noventa, quizá la más bella y ambiciosa de todas, interrumpida por la muerte del poeta, y de la cual se publicaron 9 números: *Deshora* (1998). Del comité, en esta ocasión, hicieron parte también los periodistas y narradores Mary Luz Vallejo y Juan José Hoyos.

Arango la llamaba “la hija de *Acuarimántima*”, pues así era, y tanto ésta como las otras, además de servir a la poesía en un medio cultural que se fue haciendo cada vez más amplio y complejo, fueron empresas llevadas a cabo en épocas muy difíciles y dolorosas para el país, signadas por el narcotráfico, la guerrilla, la delincuencia y los paramilitares. Eran nuestro tributo a la poesía y nuestra bandera contra la barbarie.

En los últimos años, su devoción por la poesía lo había llevado de vuelta a Quevedo y muy especialmente a Antonio Machado. Cuando se presentó la oportunidad, después frustrada, de viajar a España, José Manuel quiso viajar a Soria y visitar los lugares que eran los de su maestro. Es inevitable, ahora que el tiempo precisa mejor su imagen, ver la extraordinaria cercanía de uno y otro. El arraigo, la discreción y una sabiduría profunda, expresada en el amor y el respeto por aquello que siempre será verdadero e indestructible en el hombre, constituyen y establecen su entrañable hermandad.